

ALARMA

BOLETIN Nº18

JULIO 1971

IMPORTANCIA DE LA NO SINDICACION

Las elecciones sindicales todavía en curso, serán muy probablemente las últimas o las penúltimas organizadas por el régimen. Tiene por eso mayor significación que las anteriores para delimitar actitudes en la clandestinidad, anuncio de lo que representarán en la futura legalidad las diversas tendencias.

Durante casi todo el interminable tiempo de la dictadura, las organizaciones de la emigración y las clandestinas, antiguas o nuevas, fueron unánimes en boicotear las elecciones sindicales, tratándose de la presentación de candidatos a delegados y de "voto". Desde hace años ha habido cambios importantes. Por una parte, los franquistas en desbandada que se rebautizan "democracia cristiana", empezaron a infiltrarse dentro de los sindicatos verticales, de sus colegas falangistas, constituyendo oposición más o menos formalmente delimitada. Por otra parte, el estalinismo o pseudo-comunismo aceptó la organización de la dictadura como marco de maniobra táctica (siempre la "táctica" para tapar lo hediondo), en realidad como proyecto estratégico bien definido. Ambas tendencias actúan en contubernio desde entonces y cada vez más entrelazadas. Nadie ignora que las llamadas "Comisiones Obreras" son emanaciones sindicales suyas, salvando alguna que por circunstancias particulares se constituyera aparte o se les haya desmandado. Pero no son éstas, sino aquellas las que disfrutaban de cierta tolerancia gubernamental, aparecen a menudo como organismos semi-legales y siempre postulando su legalización.

Cristianos y stalinistas son los únicos que invitan los trabajadores a votar y que presentan candidatos bajo la égida de los sindicatos verticales, es decir, reconocidamente patronales. Las demás tendencias, salvo alguna que otra excepción meramente local, propugnan la abstención. La diferencia es de cierta importancia por ahora, pero secundaria para el porvenir del proletariado.

Dando a los sindicatos falangistas una vida que nunca tuvieron, los participantes prolongan la duración de la dictadura. Su "táctica", sin embargo, no carece de sentido. Situados dentro del enorme y opulento aparato que son los sindicatos, esperan adueñarse de bienes muebles e inmuebles comprendidos, en cuanto desaparezca la dictadura de Franco. Es el objetivo estratégico escondido tras la "táctica" y los argumentos de unos y otros. Las citas de Lenin que el stalinismo sirve a su parroquia, hacen oficio de tranquilizante religioso, ya con igual sentido que las referencias a Juan XXIII y otras vaticanerías exhibidas por sus compinches.

En resumen, su actitud sindical, igual que su comportamiento político, es la de sucesores del régimen. Dominar la clase obrera desde la central sindical falangista por ellos invadida, y monopolizar la venta de la fuerza de trabajo al capital es para ellos meta consciente.

Las tendencias que continúan propugnando el boicot constituyen grupos sindicales ya unidos a la U.G.T., a la C.N.T., a la C.T.V., ya por cuenta propia. Pululan las ofertas sindicales. Es superfluo e imposible aquí, hacer su recuento y considerar a cada una de ellas por separado. Cualquier singularidad o mérito se descubran las unas respecto de las otras, todas sin excepción conocida caen dentro de una misma categoría: la de quienes ofrecen a la clase trabajadora un sindicato como marco de lucha actual y futura. Si alguna excepción existiese, sería un contrasentido que actuase sindicalmente. Puede considerarse probable que anima a esas tendencias el propósito de desembarazarse del aparato sindical falangista, pero... a fin de erigir otro u otros si no llegan a entenderse.

Ahora bien, la clase trabajadora española está mostrando en la práctica diaria y a despecho de múltiples solicitudes en contrario, que sabe defenderse por sí misma frente al capital, sin necesidad de sindicato alguno. La experiencia internacional de las huelgas llamadas salvajes, o sea, sin los sindicatos o a pesar de ellos, es coincidente. Y por su parte, el análisis teórico de las condiciones actuales corrobora: la no sindicación del proletariado facilita su defensa inmediata y constituye condición indispensable de la futura destrucción del capitalismo. Los sindicatos, repitámoslo mil veces, han venido a ser redes del capital para la explotación de la fuerza obrera de trabajo, y ya no tienen latitud de ser otra cosa.

Por consecuencia, el único boicot que debe ser tenido por revolucionario, es, no el que se reduce a las elecciones convocadas por la dictadura, sino el que se extiende a cualquier sindicato actual o futuro. Hay que patrocinar la organización de la clase obrera por unidades de producción, por conjuntos agrícolas en el campo, las asambleas generales para todos los acuerdos y decisiones, la elección y la revocación libres de representantes obreros y de comités de huelga, en una palabra, la soberanía absoluta de clase en su conjunto y en cada lugar, para cuanto la concierne. Todo trabajador, sin distinción de sexo ni edad, debe tener los mismos derechos de discusión y de decisión mediante el voto; todos son elegibles. El proletariado tiene que liberarse de la tenaza sindical para acometer su propia emancipación. Los primeros en inducirlo en tal sentido han de ser los revolucionarios, constituyendo a tal efecto, en los lugares de trabajo, grupos independientes que den el ejemplo y sean aptos para promover la acción de la clase sin los sindicatos y pasando por encima de los sindicatos.

Si la no sindicación del proletariado aparece ya muy netamente como condición de su defensa y de su ataque al sistema, la no sindicación de los revolucionarios es su convalidación como tales revolucionarios hoy y aparecerá en un futuro cercano como el primer paso hacia la revolución comunista. Tal es el sentido y la importancia de la no sindicación.

En las condiciones de España, casi óptimas para la organización del proletariado por sí mismo y para sí mismo tan pronto caiga la dictadura, cometen peor que un oportunismo, un error fatal, por no decir un crimen político, quienes, diciéndose anti-stalinistas y anti-reformistas, arrojan también a los pies del proletariado el cepo sindical.

PERVERSIDAD DE UNA LEY

La degeneración del sistema capitalista es tan profunda, que hechos y leyes de una criminalidad morbosa, cometidos los unos y promulgadas las otras en casi todos los países, no suscitan protesta ni indignación. Apenas reseñados lacónicamente por sus órganos informativos sin distinción de tendencias, el público en general, la clase obrera en particular, lejos de enterarse con precisión de lo que acontece, son malinformados adrede. Sólo aquello que un bloque imperialista está en condiciones de explotar contra el otro es bien puesto de relieve, siquiera tendenciosamente.

El caso de la ley franquista que autoriza a internar en establecimientos "psiquiátricos", aislándolos de la sociedad, a los delincuentes que reincidan, es algo particular. España es el primer país de Occidente que impone una ley semejante. Pero el modelo procede de Rusia, Castro mismo lleva a Franco delantera de casi un año. La terminología y las "motivaciones" del articulado cambia de un país a otro; el contenido es el mismo e invariable: la represión de los enemigos políticos del sistema, y antes que nadie de los revolucionarios y de la clase trabajadora en general. Esa comunidad de inspiración en la perversidad legislativa, impide a la prensa del bloque ruso informar sobre la ley franquista o siquiera fingir indignación. Y si algunos órganos de sus criaturas en España, Italia u otra nación la denuncian y llaman a luchar contra ella, es porque casi la totalidad de sus afiliados y simpatizantes ignoran la existencia de leyes de igual especie en Rusia y su cauda de países, y también porque parecería demasiado escandaloso que no lo hiciesen.

Una vez más, un régimen tan clásicamente reaccionario como el de Franco encuentra en Rusia ejemplo y justificación de su criminalidad legal. Es que hablar de socialismo allí constituye una monstruosa estafa ideológica. El mismo sistema capitalista, idénticas necesidades contrarrevolucionarias del régimen existente, engendran las leyes en España y en Rusia. Las presiones sociales son tan intensas y extensas bajo la superficie aparente del orden impuesto, que los gobernantes no pueden mantenerse sin una represión durísima y permanente. Precisan, no sólo la ejecutada autoritariamente, sino propagar la idea de que quienes la combaten son grillados, anormales a encerrar indefinidamente en esos lugares de tortura llamados sanatorios psiquiátricos penitenciarios.

La ley franquista no necesita explicitar que pueda ser aplicada a los delitos políticos, pero su promulgación apunta principalmente a ellos, como lo han dejado entender varios ministros. Además, la hipocresía congénita al poder franquista le ha llevado a presentar siempre como reos de derecho común a los culpables de actividades contrarias a él y a castigarlos con mayor rigor que al estafador, el ladrón o el asesino.

En el pináculo de su gigantismo tecno-económico, al borde del abismo adonde ha arrastrado a la humanidad entera, el sistema capitalista erige su venalidad mercantil, su opresión y la aceptación pasiva de una y otras en criterio supremo de la normalidad psíquica de cada hombre. Quienes se sublevan contra la explotación y los explotadores, contra la opresión y los opresores, contra la compra y la venta del trabajo y sus productos, de cultura y técnica, son declarados por decreto locos de atar y tratados en consecuencia, sin necesidad de pasar por tribunales, testimonios, juicios, defensa, pruebas, etc.

Hay que añadir que ese criterio de la normalidad psíquica va introduciéndolo la propaganda oficial también en los países aún no totalitarios, y no sin ayuda de los señores psiquiatras y psicoanalistas, sin hablar de los sociólogos. La ciencia al servicio del capitalismo actual arroja por fuerza resultados reaccionarios.

Es como si estuviésemos viviendo, en escala mundial, el conocido cuento del manicomio en manos de los locos. La demencia, en efecto, está en la aparición de ideas y leyes de tan macabra esencia, y el terreno aparece y campea no es otro que el de la pervivencia de un sistema que ya no puede aportar a la humanidad sino dolores y degeneración. La demencia está en ser hoy gobernante o simplemente partidario de la continuidad del capitalismo, y que nadie arguya excepción, de Rusia, China o cualquier otro país, porque eso es añadir a la demencia impuesta, contra la cual se puede luchar, la demencia del esclavo satisfecho de su condición, incapaz, por tanto, de sublevarse contra la primera.

Los revolucionarios debemos combatir por todos los medios la represión en general, la referida ley en particular. Tenemos que esforzarnos por enarbolar en cada huelga las consignas:

¡ABAJO LA LEY SOBRE INTERNAMIENTO PSIQUIÁTRICO!

¡ABAJO LA LEGISLACIÓN CRIMINAL DEL RÉGIMEN!

Contestación: FELIX MORROW SOBRE LA REVOLUCIÓN ESPAÑOLA

Algunos lectores de Alarma nos han pedido opinión respecto al libro de Felix Morrow "Revolution and Counter-revolution in Spain". Mas bien que contestar por carta, preferimos utilizar este conducto, útil a quienquiera interese:

1 — El libro de Morrow, como tantos otros sobre el tema, considera sólo una parte de la revolución, la superior, iniciada el 19 de julio de 1936. Pero no es inteligible la formidable insurrección del proletariado contra militares y fascistas en su día de cristianísima cruzada, menos sus consecuencias, sin reseñar el curso revolucionario anterior, empezado en 1931.

2 — La interpretación de Morrow adolece de un defecto general que repercute en las particularidades: considera la revolución española con el prisma de la revolución rusa y ve la causa de su derrota en la no aplicación de la táctica bolchevique. A partir de ahí, casi todo lo que dice es errado, sin contar los defectos de información exacta, no pocos.

3 — En la revolución rusa, la dualidad de poderes existió durante el período anterior a Octubre; en la revolución española, el choque entre los cuerpos represivos capitalistas y el proletariado se produjo sin tal dualidad, y tras de la victoria del segundo lo que apareció fué una atomización del poder en manos de los comités obreros. El poder capitalista del Frente Popular era nulo.

4 — La nacionalización de la industria y el control obrero de la producción fueron medidas de la revolución rusa (revolución permanente que no llegó a alcanzar nivel socialista); en la revolución española, los trabajadores expropiaron industrias y tierras, las pusieron en marcha como colectividades. Fué, también, una atomización socialista de la economía. Los obreros no ejercían control, sino gestión. Realizaban no una revolución permanente, sino socialista.

5 — El control obrero de la producción y la nacionalización de la industria fueron luego instrumentos de expropiación de los trabajadores por el Estado capitalista reconstituido. Nada de eso ha sido visto por Morrow.

6 — La propia crítica de la actuación del stalinismo es falsa e involuntariamente benévola. Yo la veo como un oportunismo semejante al de Kerensky, zarandeado entre la contrarrevolución y la revolución, sin identificarse con ninguna. Apreciación descabellada. El stalinismo era la contrarrevolución por sí mismo.

Morrow está fuera de movimiento obrero. Mas el trotskismo no ha superado sus apreciaciones sin haber comprendido la revolución española ni la naturaleza del stalinismo, es hoy un tullido sin músculo ni mente para medirse con el gran acontecimiento histórico que es la revolución.

Alarma

"LA TOMA DEL PODER MUNDIAL"

por Jean Carral

Doncel 1971

(Fragmentos)

El COMECON constituye, antes que nada, una empresa comercial.

En efecto, desde 1945 aparece claro que ella (Rusia) se propone aprovechar su posición de fuerza haciendo apenas diferencia entre las antiguas naciones enemigas y las antiguas naciones aliadas; no hay límite neto entre el colonialismo confeso, "justificado" por la guerra, respecto de Hungría, Rumanía y Bulgaria y el sistema colonialista establecido de hecho en Polonia, "amiga". A las antiguas naciones que fueron del Eje les impone tributos de guerra, reparaciones, gastos de ocupación abrumadores, que sorben partes enormes del producto nacional. Rumania paga un tributo estimado en 84 % de la renta nacional, hasta 1948. El 65 % de la producción húngara es entregada en 1946 a título de reparaciones.

Por su lado, Polonia se ve obligada a conceder a la Unión Soviética importantes cantidades de carbón, al décimo del precio mundial de la época, según acuerdo de "cooperación económica" firmado en 1945.

Después se establecen en toda Europa del este tratados comerciales similares con la Unión Soviética. Polonia y Hungría firman en 1947; Checoslovaquia, que hasta entonces había conservado las manos relativamente libres, pasó por el aro económico soviético mediante fuertes presiones y algún préstamo consolador; Bulgaria firma en 1948.

Primer característica esencial del sistema es la organización de intercambios forzados entre las naciones europeas y la URSS, lo que confiere a ésta un privilegio comercial. Si el privilegio absoluto de 1945 — gracias al cual la Unión Soviética llegó a controlar hasta el 91 % de las importaciones búlgaras, el 93 % de las importaciones polacas, el 90 % del comercio exterior rumano no se mantuvo, el sistema elegido por la URSS es evidentemente el privilegio relativo: ratificado por 25 años, tiende a prolongarse. Ninguna nación del Este ha escapado a él, ni siquiera tiende a escapar. Así, la parte soviética en el comercio de Checoslovaquia, de 6 % en 1947, pasa al 27 en 1950, al 39 % en 1963, baja a 35 % en 1967, para reforzarse prontamente con la intervención de 1968. En 1958, Alemania entrega a la URSS el 50 % de sus productos exportados. Según acuerdo soviético-búlgaro para 1966-67, la parte soviética en el comercio exterior de dicha nación debe pasar de 57,5 a 60 %.

Paralelamente, el monto de intercambios entre los países europeos orientales tiende a disminuir y cae a la mitad entre 1955 y 1965. Veinte años después de la creación del Consejo de Ayuda Económica Mutua, asombra constatar que no tienen sus miembros ningún acuerdo colectivo aduanero, lo que contribuye a complicar los intercambios entre los países europeos y a ponerlos aún más bajo el liderato soviético.

¿Cuál es la significación de los intercambios forzados? De hecho, las naciones europeas se convierten, mediante cadenas comerciales, en productoras forzadas al servicio de la Unión Soviética: todo ocurre como si la última tuviese a su disposición una parte de sus aparatos de producción. Representando la parte soviética de las exportaciones 30 % de la renta nacional en Checoslovaquia, 40 % en Hungría, los intercambios forzados equivalen a una alienación mayoritaria de los instrumentos de producción nacionales. Por lo demás, fue insensible, desde los primeros tratados comerciales, como se pasó del acaparamiento puro y simple de fábricas y de bienes a título de "reparaciones", a la cooperación y a la "ayuda mutua". Hasta 1963, las compensaciones de guerra estuvieron integradas al funcionamiento del COMECON.

Por otra parte, en la medida en que tienen que absorber los productos impuestos por la Unión Soviética, las naciones europeas son también compradores forzados de su producción: Checoslovaquia y Alemania del Este se ven así constreñidas a consumir, sólo ellas, el 28 % de las exportaciones soviéticas.

"Dicha política no puede compararse sino a la política practicada por las grandes potencias coloniales en Africa, Asia, América Latina, antes de la primera guerra mundial" —escribía Rude Pravo tras la intervención soviética en Checoslovaquia.

Una política de precios completa el papel de "América Latina de la Unión Soviética" reservado a Europa oriental. Tocante a tarifas, se pasó insensiblemente de la absorción de materias primas practicada en Rumania y Bulgaria, al "sistema socialista de precios". Bulgaria entrega su tabaco a precio irrisorio; Polonia suministró carbón, durante varios años, a la misma tarifa de miseria. La totalidad de los precios este-europeos es muy inferior a los cursos mundiales...

En cambio, la Unión Soviética vende sus productos manufacturados a precios netamente superiores a los cursos mundiales.

En 1962, Hungría tuvo que aceptar la entrega a la URSS de su única materia prima industrial, la bauxita, en cantidades crecientes a partir de 1957; no consigue el derecho de crear por sí misma una industria de aluminio.

A partir de 1950 (Rusia) teleguía en toda Europa del Este una "industrialización forzada". Las acerías húngaras de Dunapentele, las plantas de Nowa Huta, los altos hornos checos se ponen a trabajar con mineral de hierro soviético, muy caro, mientras quedan abandonados los recursos nacionales de ese mineral o bien son entregados a la URSS.

El "oleoducto de la amistad" lleva petróleo hasta Alemania oriental y Bratislava, regando de paso toda Europa del Este: está previsto un segundo ramal para Hungría en 1973. A partir de ahora, Checoslovaquia, Alemania y Polonia dependen ya totalmente de la URSS tocante a sus necesidades en petróleo.

Con el monopolio, el monopolio de los precios: la URSS factura su petróleo a curso netamente superior al curso mundial, llegando a la ironía de facturar dos veces más caro a las naciones socialistas que a las capitalistas (a Italia por ejemplo).

Para el conjunto de los productos, las tarifas monopolistas de la URSS son 70 % más altas que las tarifas mundiales.

En 1968, Checoslovaquia entregaba el 50 % de la exportación de sus productos manufacturados. En toda Europa del Este existen fábricas cuya producción entera es entregada a la URSS: la industria química este-alemana está acaparada en gran parte por los soviéticos y la fábrica Fritz-Heckert-Werke les entrega el 60 % de sus máquinas fresadoras. La empresa Ikarus, de Budapest, la mayor fábrica de autobuses de Europa del Este, está destinada a mandarles la mayoría de su producción de vehículos. Checoslovaquia cede la mayor parte de sus locomotoras y motores Diesel, de sus trolebuses; entrega también tranvías, transformadores, equipo para industrias químicas, petroleras y alimenticias.

Como los precios de compra de tales bienes de producción son siempre inferiores a los precios mundiales, se estima que la Unión Soviética obtiene en Europa del Este una rebaja global de 23 %.

El dinero soviético es impuesto como especie de cuenta del "bloqueo", convirtiendo a la Unión Soviética en el "banquero obligatorio" de Europa del Este. En efecto, tal práctica obliga a las naciones del Este a dejar los pagos en rublos que les adeuda la Unión Soviética en los bancos de Moscú; engrosan allí la acumulación del capital soviético. El sistema monetario permite a la Unión Soviética enriquecerse con sus deudas, al modo del Gold Exchange Standard.

Una parte de los vehículos checoslovacos adquiridos por la Unión Soviética a bajo precio es revendida a precios mundiales a los países socialistas pobres. Se pueden citar muchos otros ejemplos: los productos químicos este-alemanes, los tractores búlgaros, etc.

Esa tendencia monopolística se concreta notablemente en el suministro de armamentos, que constituye un tipo de intercambio "vinculado" a una presión política. En ese dominio, el hermano mayor socialista no hace regalos a las naciones pobres: primero se deshace de sus armas viejas; vende siempre su material militar. Vietnam del Norte, aún bombardeado por los Estados Unidos, ha tenido que comprar sus armas a la Unión Soviética hasta 1967. En menos de dos años, la URSS ha vendido alrededor de 3.000 millones de dólares de armas a los países árabes subdesarrollados, pagables en mercancías locales a bajo precio.

Cuba, en lugar de comprar directamente petróleo a la nación hermana argelina, se ve obligada a pasar por la Unión Soviética. Europa del Este se ve obligada a comprar gas al "hermano mayor", pues la Unión Soviética se opone a la recepción directa del gas argelino.

La nueva política petrolera soviética consiste en apoderarse del control de numerosos yacimientos en el Tercer Mundo (Argelia, Egipto, Siria, Irak) y también en establecer convenios clásicos con Irán, Arabia Saudita, a fin de revender luego una parte, reproducida a 30 días de distancia, la política americana. La Unión Soviética se interesa también en el petróleo boliviano y al parecer busca revendérselo a Cuba.

Por otra parte, el capitalismo de Estado soviético asimila rápidamente las técnicas financieras y va derecho a lo esencial: la retención de capital. Así, pide a sus compinches económicos del "mundo libre" financiar mediante préstamos las entregas soviéticas, sistema... es igual a los empréstitos americanos o los créditos forzados acordados a los Estados Unidos en el marco del Gold Exchange Standard. Por otra

parte, el sistema bancario soviético se desarrolla en todo el mundo y se adapta fácilmente al funcionamiento capitalista. Ya existen trusts soviéticos con participación capitalista, tal la sociedad petrolera Nafta, fundada en 1967. En 1970, un banco soviético se asocia a bancos occidentales para hacer inversiones en Brasil.

En fin, sabe perfectamente sacar provecho de las especulaciones monetarias del "mundo libre". Su participación en el sistema de eurodólar es importante y substanciales sus beneficios durante las manipulaciones de 1966.

La enorme acumulación de capital de la URSS, que ha cuadruplicado entre 1950 y 1966, no admite comparación con la expansión y el aumento de productividad de su economía.

Dicha política continúa con la instauración de sociedades mixtas sovieto-europeas, cual la sociedad financiera franco-soviética, en cuyo seno Francia costea los empréstitos soviéticos mediante créditos a largo plazo, que transforman sus ganancias en haberes soviéticos: es el propio mecanismo del Gold Exchange Standard. Están previstas semejantes sociedades con otros Estados europeos, en particular los que también deben recibir gas natural soviético. Asistimos así a la diseminación de bancos soviéticos en Europa Occidental —el "Banco de Europa del Norte" y las numerosas sucursales del "Moscow Narodny Bank"— cuyo cometido es recoger fondos privados europeos en su fuente misma. En fin, las inversiones en Siberia, —proposición antes reservada a los satélites— son ofrecidas ahora al Japón y a los occidentales.

Conectada con la máquina económica mundial, control de controles, la moneda es el último reflejo —reflejo decisivo— de la cooperación americano-soviética. Cambiando oro —del cual es gran productora— contra dólares en Suiza, dejando esos dólares en el mercado europeo, la Unión Soviética ha participado en gran escala al sistema de eurodólar y contribuye a inflar la masa de capitales puestos a disposición de la economía americana para invertir en Europa Occidental. Todo ocurre como si los soviéticos pagasen a los americanos para comprar Europa Occidental.

No han faltado, por otra parte, apoyos soviéticos al dólar: en 1964 y en 1967 los bancos suizos prestan oro soviético a los Estados Unidos para sostener el dólar. Después, la Unión Soviética participa en todas las campañas de especulación contra las monedas europeas, a mayor provecho de la moneda americana. En fin, la Unión Soviética ha aceptado que el dólar, bajo la forma de clearing dollar, presida los intercambios entre oriente y occidente.

Por su lado, los Estados Unidos hacen que la Unión Soviética saque provecho de las devaluaciones de las monedas europeas, que han rebajado los precios de exportación de sus dos principales coadyuvantes económicos europeos, Francia e Inglaterra. Además, estos aceptan como moneda internacional el rublo transferible instituido por la Unión Soviética en 1970.

De hecho, la cooperación va en delantera de la competencia. ¿Qué factor ha jugado? Ha sido algo espontáneo, algo de vaporoso y profundo, algo directamente vivido sobre el terreno; al contacto de las realidades. Es un interés de clase. La larga historia que va de la guerra fría a la cooperación nuclear de Viena es la historia de una adquisición de conciencia de clase por las naciones americana y soviética: la clase monopolista, explotadora de otras naciones.

(Fragmentos entresacados de las páginas 111 a 199)

COMENTARIO DE LA REDACCIÓN DE ALARMA

El libro de Jean Carral cuyos fragmentos hemos traducido arriba, está enteramente destinado a convencer, con cifras y hechos muy abundantes, de que Estados Unidos y Rusia constituyen "una sola potencia —aunque biféfalas— en trance de degollarse en la totalidad del poder económico mundial". Los datos relativos a la absorción de la riqueza europea por el capital yankee son copiosos y

pormenorizados. Es superfluo citar aquí ninguno, porque la naturaleza imperialista del megalítico poderío de Estados Unidos constituye hoy el más común de los lugares comunes. Demasiados son quienes se pretenden revolucionarios sin llevar encima otro bagaje que esa rudimentaria y manoseada noción.

Mucho más aprovechables son los datos referentes a Rusia, de los cuales damos una selección. Cada uno de ellos inflige un bochornoso mentís a cuantos pretenden, todavía, que Rusia no es una potencia imperialista sino un "estado Obrero degenerado". La incoherencia y la indigencia teórica en que han caído quienes eso afirman es rayana en la imbecilidad. Admiten —aunque no todos— que existe explotación del proletariado ruso por sus gobernantes, pero se escandalizan cuando se les dice que explotan también al proletariado de otros países, que es lo característico de la función imperialista. Parece fuera de sus alcances mentales que la explotación se ríe de las fronteras, y que su existencia, aún limitada a una nación por fuerza económica de la misma, delata la presencia del capitalismo. Tan enorme y conservador disparate, que se extiende en ellos mucho más allá de ese problema, esteriliza cuanto de revolucionario pudieran tener. A continuación dedicamos las citas anteriores.

"La Prise du pouvoir mondial" es un libro muy útil para apoyar el pensamiento revolucionario, pero no es él mismo un libro revolucionario. El autor no se toma la molestia de decir una sola palabra sobre las relaciones de producción que han engendrado el imperialismo ruso, tampoco sobre el proceso regresivo político-social que va de la revolución a la contrarrevolución. Por graves que sean, tales omisiones podrían ser achacadas a la estrechez visual de un especialista de la economía, si la idea central de su obra, además de falsa, no fuese uno de los estribillos de la murga publicitaria china.

La colaboración entre potencias imperialistas ha existido siempre. En el caso de Rusia y Estados Unidos ha existido incluso durante el período más álgido de la guerra fría, y su poder aspecto es el político, no el económico. Lejos de eliminar la rivalidad entre ellas, cual afirma Carral, va configurándola de conflicto en arreglo y nuevo conflicto, y no porque hoy se reduzca a dos los imperialismos de gran fuerza económico-militar queda excluida de su colaboración-rivalidad la amenaza de guerra. Es China la que pretende meter la idea contraria en la cabeza de las multitudes, a fin de capitalizarla para sus finalidades, que no son ni pueden ser sino imperialistas.

Que Carral se abstenga de analizar el proceso contrarrevolucionario que hizo de Rusia la segunda de las potencias imperialistas valiéndose siempre de la vocinglería anti-imperialista, hace sospechar que escribe por cuenta de Pekín. A menos que su candidez sea desmesurada. Cae de su peso, en efecto, que la China de Mao Tse-tung, su estructura económica y su superestructura política son engendro y calco de dicho proceso. El mismo origina la rivalidad y la oposición de intereses con Rusia, así como la política exterior china, tendente a cortar el paso a la lucha mundial del proletariado, en pro de un enfrentamiento entre los pueblos y el imperialismo americano-ruso. En suma, es la política exterior del último ladrón imperialista llegado.

Por lo demás, repitamos lo ya dicho en Alarma: China no subirá muy arriba en el escalafón de las potencias mundiales, sin ayuda y complicidad de uno de los dos gigantes imperialistas. Nuestra apreciación nos ha permitido prever la virada actual de las relaciones chino-yankees hace más de diez años, así como el término de la guerra sub-imperialista de Vietnam por un nuevo reparto de la península indochina en que participase China con porción mayor que antes.

La única tesis política de todos los pro-chinos, hasta "Elliot International" y ROUGE, no ha resistido a una partida de Ping-Pong.

El análisis de la contrarrevolución stalinista de que Carral ha prescindido, ha sido hecho en el opúsculo "Los revolucionarios ante Rusia y el stalinismo mundial" (existe edición francesa) y precisado políticamente en "Pro Segundo Manifiesto Comunista" de Fomento Obrero Revolucionario. A ellos

remitimos a nuestros camaradas y lectores. Los datos de Carral confirman hasta la saciedad dichos análisis, que comprenden también el régimen Chino.

ALARMA

DEMAGOGIA UNITARIA Y UNIDAD DE CLASE DEL PROLETARIADO

Entre los innumerables tópicos manidos que botan y rebotan de una organización a otra, de un texto obrerista al siguiente texto, ninguno engaña tanto como el de la unidad. Oportunistas y fraseólogos, demagogos y burócratas arrellanados en sus enchufes, alquilones y enemigos apenas encubiertos del proletariado, sírvense del tema como de un recurso seguro para causar efecto y tapar con él lo que les conviene. Y mientras más se trata de grupos de intereses político-sociales adosados al capitalismo, mayor estridencia ponen en acusar a los opositores de unionistas, autonombrándose ellos campeones de la unidad de la clase obrera.

A la última categoría pertenecen ante todo los partidos stalinistas y sus sindicatos, yéndoles no muy en zaga los Trade Unions de Inglaterra y Estados Unidos, la central sindical alemana, los sindicatos social-demócratas y cristianos en cualquier parte, mentores políticos incluidos. Y bien, la unidad por ellos preconizada tiene significación orgánica y valor social concomitantes con la unidad nacional siempre reclamada y a menudo impuesta por los gobiernos capitalistas. Esta nos da la clave de aquella. Hay pues que definirla.

La unidad nacional no puede existir de hecho sino como ficción, ora inculcada por los influjos característicos de la cultura capitalista, ora conseguida por coerción policiaca. El tema unificador, sea defensa militar, "grandeza de la patria", industrialización o cualquier otro, no es ni será jamás el de todas las clases y orientaciones políticas, sino el de los dominadores exclusivamente. Por mucho que consigan estos acallar las críticas y paralizar las luchas internas, es por medio de presiones aductivas y represivas, por medio de la ignorancia fomentada y del miedo. Los motivos que originan la disparidad de intereses siguen presentes, y, acumulados por la represión misma, listos para estallar a la primera oportunidad. Las tendencias centrífugas perturban la unidad nacional, la ruptura deliberada de la misma pone frente a frente, escuetos e inconciliables, los intereses y tendencias históricas contrapuestos. En suma, la unidad nacional es una expresión de la lucha de clases, pero una expresión de su polo capitalista. La expresión del polo opuesto, el de la lucha de clase del proletariado, no es otro que el desbarate de dicha unidad, hasta supresión del factor o polo que la utiliza.

En ese intento, el proletariado ha de forjar su propia unidad, su propia homogeneidad de clase, que no está dada, cual creen muchos, por el común denominador de la explotación, sino que tiene que elevarse de él hasta acto que desembarazará de la posibilidad misma de ser explotado. Confinado en su cerco de clase asalariada será siempre juguete fácil de capital. En efecto, cualesquiera concesiones económicas y políticas obtenga, a veces gracias a ellas, continuará acogido bajo su enorme fardo. Por eso Marx pensaba que el proletariado no se constituye realmente en clase, sino tomando en sus manos el destino de la sociedad, erigiéndose en clase gobernante. Tanto vale decir que la unidad de clase del proletariado es no sólo requisito de la revolución, sino también el paso decisivo para la desaparición de clases, del propio proletariado por ende.

Consecuentemente, ante cualquier palabrería unitaria los trabajadores deben preguntarse: ¿de qué tipo de unidad se trata? En el decurso de los acontecimientos mundiales abundan, a partir de 1914, ejemplos ilustrativos de lo que es unitarismo demagógico, reaccionario, sin que falten ejemplos de unidad de clase real. La primera suspende, cuando no combate, la lucha de clase del proletariado; la segunda la lleva a su ápice. Conviene pasar algunos en revista.

Al estallar la primera guerra mundial, la Segunda Internacional, que meses antes, en su congreso de Bâle, se había comprometido a combatirla mediante la huelga general y la insurrección en toda Europa, se somete y somete la clase obrera a los imperativos bélicos del capital en cada país. Lo que era proyecto de unidad de clase en la acción revolucionaria internacional, fué bruscamente reducido a palabrería unitaria dentro de la unidad nacional aceptada por las organizaciones políticas y sindicales, por ellas y la policía impuesta a los trabajadores. Quienes no se sometieron, los hombres y grupos internacionalistas, fueron acusados de divisionismo. Pero fué uno de los grupos que con mayor arrojo y clarividencia rompieron el unitarismo socialdemócrata, el de los bolcheviques, el que consiguió, en 1917, restablecer la unidad de clase hasta alcanzar la toma del poder. Así, la demagogia unitaria aparece por primera vez en el siglo XX como consecuencia de una traición a las exigencias internacionalistas del proletariado, o sea su unidad real, y en segundo término como subproducto y auxiliar de la unidad nacional del capitalismo y para el capitalismo.

Es indiferente que ésta última se subdivida en grupos antagónicos por países o alianzas de diversos países en competencia imperialista o en guerra. De igual modo y por razones derivadas, la demagogia unitaria puede dividirse, y de hecho está casi siempre dividida, en grupos sindicales y políticos concurrentes. La unidad que buscan, la que practican por separado o juntos, es invariablemente la que mantiene el proletariado unido al capital, mientras ellos desempeñan la función de yugo.

Años después, y sin cambiar de nombre, los partidos comunistas de la Tercera Internacional (ya stalinistas), sobrepasan muy de largo toda la falacia anterior y todas las infamias cometidas hasta entonces aceptando, como patriotas de choque, los objetivos imperialistas de los gobiernos aliados a Rusia, democráticos o fascistas indistintamente. Las resistencias nacionales, principalmente animadas por ellos, pusieron sobre sus carriles, en Europa occidental, un sistema capitalista que la lucha de las masas contra la guerra hubiera podido y debido aniquilar. En la resistencia se confundieron por entero la unidad nacional de los explotadores y el unitarismo reaccionario de los partidos stalinistas. No se trataba ya, cual se abocéa en decir tantos, de una capitulación ante la burguesía comparable a la de los socialistas en 1914. Quienquiera no vea que esa actitud del stalinismo, así como toda su política actual, proceden de una identidad de sistema económico, y por ende de intereses históricos entre Rusia y los otros capitalismos, se desarma de antemano frente al enemigo. El caso inocente que es China está comprendido en la misma categoría económica. Dicha identidad de sistema ha sido validada por el entronizamiento, con mares de sangre, de la contrarrevolución capitalista de Estado en Rusia y revalidada por servicios de la misma al capitalismo mundial tan importantes como la destrucción de la revolución española y de cualquier tentativa revolucionaria posterior, en zona americana tanto como en zona rusa.

A propósito de la revolución española, cuya experiencia es decisiva para conocer al stalinismo, se oye decir frecuentemente que Franco debió la victoria a la división de partidos y sindicatos en la zona roja. Embuste deliberado para borrar responsabilidades. Franco triunfó como consecuencia obligada de la destrucción de la revolución, consumada, no por él, sino gracias a la unión de todos los partidos y centrales sindicales en torno a la quimérica y reaccionaria idea: "Primero ganar la guerra; después la revolución". Era de origen stalinista y el stalinismo tuvo a su cargo, por vocación congénita, la faena represiva. Los propios partidos burgueses anduvieron coleando detrás de él. La unidad de clase se manifestó allí en su mayor amplitud aplastando al ejército nacional el 19 de Julio de 1936; y por segunda vez en la insurrección de Mayo de 1937, dirigida contra la obra destructora de la revolución llevada a cabo por el stalinismo con su Frente Popular.

Está claro que unidades del género stalinista, o simplemente con él, son mortales para el proletariado. Ahora bien, con él, y en faz y política sindical, no cabe otra unidad ni otro frente único que ése. Trátese de un problema político simple o complejo, local o mundial, o bien de reivindicaciones en cualquier

sector obrero, él se inspira y no puede inspirarse sino en los Intereses capitalistas peculiares que lo engendraron y sin los cuales no subsistiría. Cuanto haya y diga en sentido democrático o reivindicativo, siempre mezquino, son caracoleos tácticos enderezados a su objetivo totalitario. Nada más torpe, nada más descabellado que acusarlo de oportunismo o de claudicación ante la burguesía. En nuestras latitudes está preparando, por el contrario, la claudicación de la burguesía ante él, según ocurrió en Europa oriental. Su democratismo, e incluso la distancia que a veces toma respecto de los hechos más viles de sus amigos (invasión de Checoslovaquia, represión anti-obrera en Polonia, etc.) meras verbalidades, le son impuestas por su situación en Occidente, donde sus maniobras no pueden ofrecer resultados sino a largo plazo y cubriéndose con piel de cordero. También los partidos fascistas, en Italia, en Alemania, en España misma, hablaron en nombre de la democracia y plantearon reivindicaciones obreras, llegando hasta declarar huelgas en su fase de oposición.

Un pensamiento riguroso tiene pues que considerar oportunistas y claudicantes, no los partidos stalinistas, que desempeñan su papel, como cualquier partido capitalista, sino aquellos otros que se proponen llegar con él a la unidad de acción y que la practican aceptando por marco de lucha sus cotos sindicales. Con ellos no hay lugar para la unidad de clase del proletariado; tan sólo para el unitarismo demagógico que amordaza a cada trabajador individualmente y afianza la explotación de la clase.

El carácter capitalista y reaccionario del stalinismo es una de las realidades políticas más importantes de la actualidad, pero una realidad ignorada o negada por casi todas las tendencias obreras dichas izquierdistas. No sabiendo con qué clase de enemigo tienen que habérselas, se han mostrado y continuarán mostrándose ineptas para combatirlo. La apatía del proletariado y su acorralamiento por los aparatos sindicales encuentran explicación sobrada en esa incapacidad.

El cometido más urgente de una organización revolucionaria consiste en romper la unidad que sindicatos y stalinismo preconizan e imponen amparados por la ley capitalista, a veces por la policía también. Es parte de la unidad nacional capitalista en tiempos de paz. Y semejante cometido no cambia por el hecho de que el stalinismo sea, en determinados lugares, una organización de importancia numérica secundaria (Inglaterra, Estados Unidos, Bélgica, Alemania Federal, Japón) o ilegal y perseguida (España, Grecia, Indonesia, algunos países de América del Sur); no cambia, tan sólo se matiza. Entre sindicatos y partidos pseudo-obres no stalinistas y stalinistas, la diferencia está dada por el origen de unos y otros y por sus lazos actuales. Aquellos tienen su base material en las relaciones de producción capitalistas, según han ido involucionando hasta la tecnocracia, de la cual son el órgano dirigista asignado a la clase trabajadora; estos otros tienen sus raíces en la contrarrevolución rusa, con ella están indisolublemente comprometidos, y calcarle es su desideratum. La pertenencia al mundo capitalista es una y la misma en ambos casos; sin otra contradicción que la inherente al sistema mundial de explotación. Este se encuentra dividido en grupos de potencias que lejos de destruir su homogeneidad capitalista la ratifican por sus guerras locales, por su rivalidad, en todas partes, por la amenaza de guerra mundial. Así, tampoco la separación en centrales sindicales y partidos pseudo-obreros adictos a uno u otro bloque rompe su unidad capitalista esencial. Únicamente cabe, frente a unos y otros, modular argumentos y pasos tácticos; el objetivo estratégico permanece invariable. Incluso en casos extremos como el de España o el de Grecia, donde sindicadores stalinistas y no stalinistas son mantenidos a raya por el poder existente, se les ve cortar invariablemente el paso a cualquier desarrollo revolucionario y ofrecerse sin recato como futuros encuadradores de los asalariados, para mayor abundancia de la plusvalía, sin que esté excluido el designio de arribar el hombro a sus metrópolis imperialistas respectivas. Romper la unidad que ellos proyectan impone en sucesión de Franco y Papadópulos, constituirá el primer paso del proletariado camino a su revolución.

Hay que proseguir machaconamente la demostración, pues por los tiempos que corren quienes pretenden estar en vanguardia llevan 30 años de retraso, la mente congelada. La unidad capitalista del

mundo ha recibido confirmaciones tan incontestables como la lucha contra la revolución española en 1936-39, llevada convenientemente, aunque con métodos diversos, por el imperialismo occidental, el ruso y por las potencias fascistas; el aplastamiento de la revolución griega en 1944 por Inglaterra y Rusia en conciliábulo; el robustecimiento del capitalismo en Francia e Italia gracias en primer lugar a las centrales sindicales y partidos pro-rusos; la instalación en Europa Oriental, con el consentimiento y la ayuda de Estados Unidos, de regímenes moscovitas; la periódica represión por el Kremlin y sus régulos, de cuantas tentativas insurreccionales, o siquiera de rebeldías, se han presentado en Europa Oriental; represión siempre respetada por el imperialismo del dólar; en fin, y sin traer a cuento sino lo muy grueso, el exterminio de más de un millón de bengalís (y continúa la matanza), en el cual colaboran con armas Rusia, China, Estados Unidos y otros, y asintiendo desvergonzadamente, sus respectivos mercenarios y secuaces, hasta los frentes de "liberación" de aquí o de acullá, sin contar los vociferantes cuanto huecos grupos pro-chinos.

Pasando de lo concreto a lo general, de los efectos a las causas, la unidad capitalista que circunscribe a Oriente y a Occidente está dada por su común explotación del trabajo asalariado, y por el reparto de esa misma explotación en escala internacional. De ahí emana la coexistencia pacífica y la guerra fría con sus focos de guerras locales, unos activos, otros extintos, terceros en fase de rescoldamiento. Es el anverso y el reverso de toda competencia inter-imperialista, sin que hayan cambiado más que los señuelos propagandísticos. Carecen de rigor quienes no sacan de las causas generales todas las consecuencias que se derivan, y por ello se sitúan, quiéranlo que no, más o menos al margen de la actividad revolucionaria.

La más importante de dichas consecuencias consiste en que los sindicatos y los partidos otrora obreros forman ellos mismos parte inseparable, orgánica e ideológicamente, del capitalismo mundial. De él viven, con él morirán. No empece —repetámoslo— las filiações de bloque, ni que algunos simulen independencia. Esa disonancia corrobora, por su naturaleza misma, su común pertenencia al mundo de la explotación, además de que la hemos visto transformarse decenas de veces en concordancia, si no en fusión, en cuanto surge un acto de unidad revolucionaria del proletariado.

En la actualidad, tales prácticas de unitarismo reaccionario entre partidos y sindicatos son incesantes, abarcan todas las ramas de la producción, la política diaria y son muy premeditadas, a imitación del dirigismo capitalista en cuyo ámbito prosperan aquellos. La multiplicación de las huelgas llamadas salvajes representan una ruptura empírica del unitarismo demagógico; ruptura que no saben interpretar ni apoyar como sería necesario los propios grupos izquierdistas que la aplauden. Son los únicos paros que en verdad merecen hoy el nombre de huelgas. Los patrocinados por los sindicatos no son otra cosa que movimientos de balanceo indispensables para reajustar la clase obrera a los requerimientos de la acumulación de capital; hablando sin medias lenguas, se trata de actos de esquirolaje organizado, tanto si se considera el carácter miserable y jerarquizado de las demandas, como la limitación en el tiempo de los mismos. En cuanto alguno de ellos rebasa el límite de las 24 o las 48 horas, los sindicatos se desvían por terminarlo a favor de la menor "concesión" patronal. Y así, de cada pseudo-huelga, haya o no convenio inter-sindical, la clase trabajadora sale más desmoralizada, más desorientada y más alejada de su unidad revolucionaria; por el contrario, los sindicatos van haciéndose, al mismo paso, cada día más indispensables a "la economía nacional".

Es que el círculo de la acumulación ampliada del capital (el llamado, con expresión tortuosa, "taux de croissance") tiene apesados a los sindicatos con sus partidos; no a regañadientes, por cierto. Alzarse contra él constituye para ellos sacrilegio, pues lejos de tener, cual aseguran izquierdistas livianos, una doble naturaleza a la vez obrera y burguesa, se consideran a sí mismos como los futuros depositarios y administradores del capital nacionalizado, mientras que hoy son su brazo ejecutor legal... y estipendiado. Tampoco tienen otro porvenir que ese, salvo su destrucción por la clase obrera en lucha.

El Estado y las organizaciones patronales son más lúcidos que los izquierdistas (Una revista del gran capital francés, l'Usine Nouvelle, representante el éxito del VI Plan de producción en forma de tres personajes cogidos del brazo y satisfechos: el Estado flanqueado por la patronal y los sindicatos.)

La unidad de la clase obrera no puede hacerse de cualquier modo ni con cualquiera, aun que toda ella estuviese comprendida en una sola organización. No se trata de un problema orgánico, ni de acuerdos prácticos de lucha entre diversas corrientes, sino de un gran problema de concordancia entre la acción subjetiva de la clase, o siquiera de una parte de la misma, y las máximas posibilidades revolucionarias, objetivas, en cada momento y lugar. Cuando la técnica moderna ha rebasado holgadamente lo necesario para que la sociedad se adentre aceleradamente en el comunismo, la unidad de la clase, su personalidad como tal, tan sólo puede alcanzarse mediante luchas enderezadas sin tapujos contra la sociedad de explotación (Véanse las medidas concretas propuestas en Pro Segundo Manifiesto Comunista, de Fomento Obrero Revolucionario.) Trátese de horas de trabajo, de condiciones y reglas del mismo, de paga (o sea de consumo), de organización general de la producción o de la dirección política de la sociedad, la concordancia unitaria entre posibilidades y acción de la clase ha de producirse combatiendo por el máximo, vale decir por la gestión, en todos los dominios, de la clase obrera rumbo al comunismo.

Toda consigna no enderezada en tal sentido testimonia de un acatamiento de las condiciones de pervivencia del capitalismo. Antaño, la causa de ese acatamiento era el vigor del sistema en desarrollo, causa objetiva pues. Aun así, Marx criticó que el proletariado cometiera un error fatal concediendo demasiada importancia a la lucha por reivindicaciones dentro del capitalismo. En la actualidad no existe otra causa de acatamiento que subjetiva. Ha sido inducido a la clase obrera por el predominio político y sindical del stalinismo en primer término, en segundo por la policía socialdemócrata acomodándose a una sociedad decadente. Pero, de las condiciones objetivas y subjetivas de un capitalismo artificialmente mantenido en vida gracias a un boca a boca recíproco entre Oriente y Occidente, pugna por surgir un nuevo subjetivismo en armonía con las grandiosas y hasta ahora desaprovechadas posibilidades de transformación radical de la sociedad.

El constituirá la unidad de la clase, que ha de ser redondamente revolucionaria o de lo contrario tendrá un carácter negativo, si no funesto. La unidad de la clase habrá de forjarla mediante grupos de obreros revolucionarios en las fábricas, que luchen y oriente a sus camaradas de trabajo en pro de las reivindicaciones mínimas, siempre al margen de los sindicatos y abiertamente contra ellos. Ni más ni menos que el Estado, los órganos capitalistas para la venta del trabajo asalariado que son los sindicatos, tampoco pueden ser utilizados para batir al capitalismo. Y quienes, diciéndose anti-stalinistas y revolucionarios, se agitan anunciando "implantar comunismo en la clase obrera" a través de los sindicatos o proponen una central única, disparan contra sí mismos y contra la futura unidad revolucionaria del proletariado.

Verdad es que ellos prefieren amodorrarse con rezos de Lenin y de Trotsky antes que señalar un error por estos cometido o que descubrir lo que no vieron o no podían ver. Viven teóricamente enclavados en la táctica de la revolución rusa, que el Programa de Transición sistematiza por primera vez. Su conservantismo en cuestiones estratégicas es influido por la historia reciente, es ajeno al pensamiento revolucionario; apenas si es reformista.

Junio 1971 G. Munis

MAPAMUNDI POLÍTICO

Ceylán

La lucha armada que estalló en la isla de Ceylán en abril, de la cual no pudimos dar cuenta en el número 17 de Alarma, revela aspectos de la realidad política mundial no menos importantes, y algunos diferentes, que los de la sangrienta represión de Pakistán en Bengala.

En Ceylán igual que en Bengala, Rusia y China se sumaron a Estados Unidos en contra de los insurgentes "anti-imperialistas", "guerrilleros", nacionalistas, etc., es decir, discípulos de la demagogia y la práctica pseudo-revolucionaria de Rusia y China. Moscú se apresuró a mandar al gobierno de Colombo aviones, helicópteros de guerra y maestros pilotos para ametrallar a los grupos rebeldes parapetados en lugares inaccesibles, a la manera americana en Vietnam.

Es la más reciente demostración de que las invenciones casuísticas que Moscú y Pekín llaman teorías, cuando les sirven para defender en cada instante sus intereses reaccionarios dentro y fuera de sus respectivos territorios, se ciscan en ellas sin el menor reparo... y caiga quien caiga. Rusia posee en Ceylán importantes intereses en sociedad con el Estado y una influencia política que le permite irradiar en el Océano Indico. Pekín hace la concurrencia a Moscú en ambos dominios, y por otra parte, se produjo estando en tratos secretos con Washington, tenía inspiración y apoyo material de Corea del Norte. Porque Kim Il Sung déspota contrarrevolucionario de Mao Tse-tung y Papa Doc, sueña con desempeñar un papel en Asia, mientras que, por el contrario, China ve en Corea un territorio de su zona "natural" de influencia. Poco a poco bien valía abandonar a las ejecuciones sumarias y a la represión, algunos centenares o algunos miles de hombres cegados por la propaganda china y rusa.

Los hombres que emprendieron la lucha armada han sido indudablemente víctimas de una de las incontables estafas políticas de nuestra época. Han actuado al margen de la mayoría de la población explotada, sin relación con el proletariado, en ausencia de situación revolucionaria y en completa ausencia de preparación insurreccional. Han sido juguete de las criminales maniobras entre gobiernos reaccionarios. Los revolucionarios no pueden prestarles en modo alguno a ellos, pero eso no les impedirá ser solidarios de la base perseguida frente a la represión.

Lo singular en este caso no es la posición de China, Rusia, Estados Unidos, ni siquiera de Corea. Es la presencia de trotskistas en el bando de la represión y en el de los reprimidos. Se trata en verdad de nacionalistas que nunca pisaron terreno revolucionario. Los "insurgentes" han entrado por la vereda del guerrilleo, contrapuesto a la lucha proletaria; los otros, los respetables ministros del Lanka Sama Samaja, enteramente ligados al partido burgués de la señora Bandaranaike, se encuentran en la zona del capitalismo occidental, sin dejar de hacer algunas escapadas al capitalismo de la contrarrevolución rusa. Son los Gunawardena, los da Silva, íntimos aliados de Cannon, Raptis, Frank, Mandel, en su lucha contra la sección española, de la cual procede F.O.R. Enorgullecámonos de haberlos denunciado como oportunistas y capituladores desde hace dos decenios.

Turquía

Turquía es desde hace numerosos años un país en que la represión no cesa un instante sino para agudizarse poco tiempo después. A partir de junio último, una oleada represiva de gran intensidad se abate sobre el país entero. El ejército, el verdadero gobernante y policía, hace y deshace gobiernos, impone leyes, la propia constitucionalidad, dicta la doctrina nacional turca, es, en resumen, el amo político y económico del país. No cabe hablar, en tales condiciones de un ejército de Turquía, sino de una función guía del ejército. Y como de consumo en tales casos, la corrupción es uno de los principales elementos estructurales del Estado.

Todas las publicaciones de oposición, siquiera relativa, han sido suspendidas indefinidamente, los partidos y los sindicatos menos sometidos, prohibidos, así como las huelgas, las reuniones políticas e incluso las reuniones científicas. Bibliotecas y librerías son expurgadas de libros y publicaciones socialistas. La delación es solicitada por el gobierno y ensalzada como un mérito nacional. Quienes no denuncian son sospechosos y por ese sólo hecho culpables a encarcelar. Millares de personas han sido detenidas, varios millares relegados a listas de personas a detener, suministradas por el ejército. La represión se extiende hasta importantes personajes de la literatura, el cinema, la enseñanza superior y la propia magistratura; el todo acompañado de las sevicias y torturas en forma inseparables de los depositarios del orden.

Cuando la represión de un régimen se abate también sobre importantes personajes del sistema en que se basa, incluso sobre antiguos colaboradores suyos, es que la tensión entre gobernantes y gobernados alcanza el máximo y amenaza hacer explosión. En efecto, Turquía vive desde la época de Kemal bajo el peso aplastante de un ejército que cuenta entre los más despóticos, venales y obtusos del mundo, lo que no le impide darse aires de ilustrado. Sin disolver ese ejército, las masas turcas no podrán sustraerse al despotismo y a la miseria. Someterlo a una democracia burguesa es imposible; su aniquilamiento se convierte en el paso obligado, y sólomente el primero, de la revolución social. Como en España, no es sólo el régimen lo que se necesita abatir, sino también el sistema que lo ha engendrado. Que las masas odian uno y otro, lo atestigua la represión actual. Los militares aterrorizan a toda la población para impedirle organizarse contra ellos.

Por desgracia, la desorientación política de los trabajadores, hecho mundial agravado localmente por cada dictadura, consiente la aparición de esos "libertadores" que han asesinado al cónsul de Israel, en Ankara, y raptado a uno reciente, después de otras hazañas de parecido jaez. Lo que obtienen por esos medios es inspirar repulsión, acentuar el terrorismo gubernamental y darle argumentos, al mismo tiempo que acrecentar la desorientación política de los oprimidos. Es obligación elemental de los revolucionarios condenar sus actividades y consagrarse a la organización de grupos ligados a los trabajadores, pero desligados de todas las potencias mundiales. Así se acercará la hora de la disolución del ejército.

México

La horrenda y cobarde matanza de la plaza de las Tres Culturas, en la ciudad de México, el 2 de octubre de 1968, debió bruscamente ante el mundo la naturaleza real de un régimen que la gente mal informada, es decir la mayoría, tenían por revolucionario, o cuando menos por democrático. Ahora ya no causa sorpresa una noticia como la del bruto ataque (de donde 1?-6) a una manifestación estudiantil que pedía la libertad de los presos políticos. "Centenares de civiles armados" dispararon por sorpresa contra los manifestantes, causando 10 muertos (estimación oficiosa). Los responsables de la manifestación han hablado de 40. En todo caso, la vesania de los energúmenos atacantes les llevó a ejecutar heridos en los hospitales, a impedir la intervención de los médicos y a arrancar los vendajes de los heridos. Un portavoz del hospital Rubén Lebero que suministró esos informes añadió, escandalizado, que la policía no hizo nada para impedir tales atrocidades. Tampoco intervino durante la premeditada matanza de manifestantes.

Después se ha hablado de una organización de extrema derecha llamada "Los Halcones" o de policía paralela, es decir, extra-oficial, mientras el gobierno, que niega responsabilidad en los hechos, ha prometido hacer una encuesta. Pero, después del ametrallamiento de Tlatelolco, siendo secretario de Gobernación (ministro de la policía) el actual presidente de la República, sus palabras no merecen el más ligero crédito. Incluso un burgués que se respetase a sí mismo se habría negado a ser candidato del partido oficial. Puede tenerse por cierto sin miedo a equivocarse que de la encuesta gubernamental nada saldrá en claro, si es que no embrolla la verdad, porque, cuando centenares de sujetos armados y

previamente parapetados pueden realizar impunemente una carnicería, el gobierno es necesariamente cómplice, cuando no organizador secreto de los criminales. La encuesta está dada, completa y transparente, por los hechos mismos. Desde el asesinato de Jaramillo con toda su familia, hasta la hecatombe de Tlatelolco y la salvaje caza al aguardo del manifestante, el 10 de junio, la evidencia salta a los ojos: los asesinos están en el poder.

El gobierno mejicano no se había enfrentado hasta el presente sino con una oposición situada, formalmente al menos, a su derecha, oposición clerical y casi porfirista (Porfirio Díaz, dictador derrocado por el movimiento revolucionario democrático-burgués iniciado en 1910.); por ello sin porvenir. A esa la trató más bien con guante blanco. La oposición encabezada por el movimiento estudiantil, contra la cual emplea los métodos más bajos y crueles, es, en potencia, una oposición revolucionaria. No, cierto, por sus consignas, meramente democrático-burguesas, aún menos por su orientación general castro-guevaro-china (stalinismo de segunda mano) sino porque refleja, a pesar suyo, un amplísimo descontento acumulado durante decenios, una hartura de la población trabajadora que terminará inevitablemente por estallar. El régimen mismo, por su corrupción constante, por su bestialidad asesina, ha hecho ya lo necesario para ahincar en la mente y en el corazón de las multitudes la simpatía por la nueva oposición. Y la simpatía no es otra cosa que un momento de la reflexión, la latencia de una futura acción revolucionaria en gran escala. De todos los movimientos estudiantiles, el de Méjico parece el de mayor porvenir próximo, pese su confusionismo ideológico y la intervención en él de tendencias cubanas y chinas, deliberadamente mistificadoras.

El régimen de los mordelones (Designación popular dada en Méjico a la persona concusionada, en particular a los funcionarios gubernamentales, desde el más pequeño hasta el más alto.) está condenado, haga lo que haga. El problema reside en saber adónde lleva la nueva oposición. Sin poder tratar de ello en esta noticia, dejemos asentado que a menos de orientar por lo claro y derechamente a la toma del poder, de las armas y de la economía por los trabajadores desligados de cualquier potencia exterior, no sacará al país de la opresión capitalista, aunque la modifique en capitalista estatal, ni del vasallaje respecto del imperialismo; lo más que podría hacer es infeudarlo al imperialismo de Moscú o de Pekín. Por el contrario, una revolución realmente socialista en Méjico sería una potentísima palanca para promover la muerte del capitalismo en Estados Unidos, a condición de saber sublevar al proletariado americano. No puede existir otra proyección revolucionaria. Lo demás es enanismo.

Egipto, Marruecos, Sudán, Jordania

Un complot más que dudo en Egipto, otro complot abortado en Marruecos, un golpe de Estado en Sudán seguido de un contra golpe con ayuda de Libia, la liquidación de la "resistencia" palestina en Jordania, son acontecimientos ligados entre sí y muy explícitos sobre lo que en verdad es el "mundo árabe".

El Sadate, sucesor de Nasser como "führer" designado con el beneplácito de Rusia, descubre bruscamente un complot en el cual implica a los colaboradores y amigos más cercanos de su antecesor. Ni pruebas ni verosimilitud; sólo supuestas cintas magnetofónicas cuyo contenido nadie conoce, sin hablar de su autenticidad. Incluso la prensa occidental, siempre parcial respecto del poder existente, ha puesto en duda la existencia de un complot. La prensa oriental, por su parte, se guarda de insinuar nada y deja hacer a la diplomacia suya. Lo evidente es que si complot ha habido tiene que haber sido fraguado por Rusia misma, lo que pondría a Sadate en situación insostenible. Pero no hace falta indagar demasiado. Bajo poderes tan absolutistas y arcaicos como son los de los países árabes, aún diciéndose modernos y socialistas, cualquier oposición, la menor tendencia hacia el poder, éste la convierte en "complot contra la seguridad del Estado". Y en transparencia de la lucha por el poder en cada país árabe se vislumbra la lucha por la hegemonía panárabe.

En la última categoría entra netamente la tentativa putshista de Marruecos. Los "revolucionarios" eran altos jefes del ejército y sirvientes de alcoba del reyezuelo Hassan. No obstante, el bárbaro ataque al

holgorio real, que costó la vida a no pocos invitados de marca, fue perpetrado en forma que despierta la sospecha de que el gobierno no ignoraba por completo la trama. Hasan, misteriosamente indemne en medio de un tiroteo cerrado destinado a matarlo, declaraba satisfecho inmediatamente después: "Ahora soy más rey que nunca". Y a continuación entregó a Ufkir, caso patológico de asesino, todos los poderes. Los militares putschistas tenían el apoyo declarado de Libia, donde otro militar musulmán y semifascista, Kadhafi, se agita preparando su liderato del mundo árabe. En fin, importa recordar que entre las felicitaciones recibidas por Hassan, figuran la de otro reyezuelo, Hussein de Jordania, y la del "socialista humanista" Sekú Turé.

En Marruecos fracasó Kadhafi, pero no en Sudán. Lo más interesante aquí es que el golpe de Estado de El Nur y El Atta fue inmediatamente saludado por Moscú. Los putschistas se declaraban partidarios de un "socialismo científico", falsificación ideológica oficial con que el Kremlin encubre su capitalismo de Estado. Sin embargo, el partido sudanés filial de Moscú no intervino sino después de la aprobación pública dada por el Kremlin. El contra golpe de Estado ha sido principalmente obra de Libia en colaboración con Egipto. Kadhafi interceptó el avión en que viajaba El Nur, lo detiene a traición y lo entrega para hacerlo fusilar por el general Nemeiry restablecido en el poder. Las ejecuciones cuentan por centenares, por miles. Un amigo de Nemeiry promete la muerte a todos los afiliados del partido comunista, mientras Nemeiry en persona declara que sus relaciones con Moscú continuarán siendo tan amistosas como antes. Y así será, pues para Moscú sólo cuentan ventajas económicas y posiciones estratégicas. Los afiliados a sus partidos en cualquier país, son para él tropas a sacrificar según conveniencia.

La emoción y el barullo de todos esos acontecimientos han sido aprovechados por el matrero e implacable rey de Jordania para lanzar a sus beduinos contra las tropas palestinas, de modo que la resistencia a Israel quedará sacrificada por los propios árabes, que en realidad no la utilizan sino como banderola demagógica y factor de maniobra entre sus diversos Estados. Digamos de pasada que Israel ha perdido una oportunidad rara de ofrecer a los palestinos, en Palestina, mejores condiciones de vida y de libertad que sus pretensos hermanos ismaelitas, poca cosa en verdad. Es la más reciente de las confirmaciones de que cualquier capitalismo es hoy incompatible con la libre disposición de los pueblos.

Todo lo anterior ha ocurrido enteramente a espaldas del proletariado y de las masas miserables de los países árabes. Históricamente, cuando no en lo inmediato, va dirigido contra ellas. El acontecimiento revolucionario en tales medios será aparición de una organización en ruptura con el Islam, con todos los objetivos e ideas árabes, con sus representantes y los aliados de sus representantes. La negación de la religión, de la raza y de la nación, son la condición preliminar del ser revolucionario. Lo que se llama "mundo árabe" no es otra cosa que la alta canalla continuadora del antiguo despotismo asiático, mediante los recursos técnicos, represivos y destructores del Hombre, de la civilización capitalista en decadencia.

BOLIVIA

La asamblea "popular" que delibera en La Paz está lejos de ser un organismo de poder de los trabajadores, como fueron los soviets rusos del 17 o los comités españoles del 36. No representa a las masas en lucha sino a las organizaciones existentes, en particular trotskistas, stalinistas pro-rusos y pro-chinos. Tampoco es un organismo de dualidad de poderes, cual afirman, pervirtiendo el concepto, la Ligue Communiste en Francia y sus semejantes en otros países. Representa, por el contrario, un apoyo "izquierdista" del gobierno en funciones, el del general Torres. Ella misma no aspira a ser otra cosa que "una dirección política y militar de las masas" en oposición "al fascismo y al imperialismo", precisamente lo mismo que pretende ser el gobierno de Torres. Hay entre aquella y éste complementariedad, no contraposición. Sus acuerdos son simplemente indicativos, son consejos dados al Estado y la naturaleza de los mismos abunda en igual sentido, es decir, que no atentan al sistema social existente. La mejor

prueba es el acuerdo de la Asamblea recomendando la "cogestión obrera de las minas". El otro gestionante sería el Estado, que ya tiene las minas nacionalizadas. Se trata de una versión atenuada del control obrero de la producción capitalista; atenuada, porque en la forma original del mismo la representación obrera era democráticamente designada por el conjunto de los trabajadores de cada unidad, mientras que en Bolivia representaría, al igual que la asamblea, a las organizaciones sindicales y políticas. Ahora bien, la clase trabajadora, sea de la industria, de las minas o del campo, no puede compartir con organismo alguno la gestión de la economía, desde el acto de la producción hasta el de la distribución, sin someterse voluntariamente a la explotación.

Aun en el supuesto de que la Asamblea Boliviana derrocara al gobierno Torres, como han propuesto al parecer los pro-chinos, y pusiera en ejecución sus recomendaciones, no habría consumado la revolución social, ni suerte alguna de revolución permanente a la Octubre de 1917; lo que consumiría es la concentración del sistema existente en capitalismo de Estado.

El modelo de la Asamblea dicha popular, engendro de la burocracia de las organizaciones políticas y sindicales, no es el de la revolución rusa, ni el de ninguna otra tentativa revolucionaria que merezca tal nombre. Es el que ha aplicado en China el stalinismo estando ya transformado en contrarrevolución dentro de Rusia. Rusófilos y chinófilos no pueden sino practicar la misma estafa a los trabajadores bolivianos. Pero ahora se suman a ella los trotskistas de la asamblea y cuantos los aprueben.

CHINA

La voltereta política de Pekín ha cogido por sorpresa a las organizaciones izquierdistas, incluyendo aquellas se señalan en la China actual un sistema burgués, tanta es la torpeza del pensamiento teórico en la actualidad. Sin embargo, era más bien fácil prever que tarde o temprano Mao Tse-tun tendría que recurrir al país del dólar, tanto por razones económicas internas cuanto por rivalidades asiáticas y siberianas con Rusia. Permítasenos decir sin presunción, pero sí en prueba de la validez de nuestros análisis concretos y generalizaciones históricas, que nosotros esperábamos el suceso. Hace 10 años que lo teníamos provisto. En Alarma, primera y nueva serie, cualquiera puede leer afirmaciones como estas: "Las conversaciones secretas entre embajadores (en Varsovia y otras capitales) terminarán un día u otro dando resultados"; "Mao Tse-tun se verá obligado a ir más allá que Tito en la denuncia de Moscú"; "está ya claro que Mao Tse-tun no recibirá Formosa (Taiwan) sino como dádiva, de manos de Moscú... o de Washington"; "tampoco China podrá sustraerse al imperio de Moscú sin introducirse en la zona económica occidental", etc.

El acercamiento entre Pekín y Washington tiene por ambos lados una importancia económica y militar grande, pero mucho más para China que para Estados Unidos. Por otra parte, es también una demostración de que Washington concederá a Pekín mayor parte que Moscú en la redistribución imperialista de península indochina, ya en puerta. De ahí que Chu En-lai se abrió se el pecho acordándose de "la gran amistad" que ha unido siempre a los pueblos chino y americano. Y ya puesto en vena sentimental, no escatimó, ante un enviado especial de Tito (el "revisionista", el "traidor", el "fascista", el "agente del imperialismo yankee") su profunda admiración por la tenacidad con que el gobierno yugoslavo ha sabido defender su independencia frente al imperialismo (sobrentendido el ruso).

Para quienes han mantenido posiciones como la nuestra, todo eso y mucho más que pasamos por alto es motivo de regocijo y aval irrecusable de cuanto hemos afirmado. En cambio, para los pro-chinos, como para aquellos trotskistas que se dicen "educados al calor de la revolución china y vietnamita", esas son muchas culebras que tragar. Pero tienen estómago sólido; las deglutirá, y continuarán tan campantes diciéndose lo que no son: revolucionarios.

ESPAÑA

El proceso de Burgos contra militantes de la ETA ha causado una crisis en el seno de esa organización que podría acarrear consecuencias positivas. Las peores declaraciones nacionalistas a que dio lugar el proceso, no sólo de parte de los acusados, han sido condenadas. La ETA, o una tendencia al parecer mayoritaria y más obrera según decir, declara que el problema vasco es el mismo que el del proletariado español y que sólo una lucha conjunta podrá resolverlo. La tendencia se declara pues revolucionaria.

A primera vista y por los informes fragmentarios de que disponemos, nada que objetar. Pero vivimos en una época de falsificación sistemática y muy deliberada de las ideas y teorías revolucionarias. Los peores enemigos del proletariado, que le han procurado ya decenas de derrotas, que lo explotan, lo reprimen y lo privan del menor derecho allí donde ejercen el poder, se dicen socialistas, revolucionarios, marxistas. Toda organización seria tiene, en consecuencia, la obligación de definirse por relación a ellos antes que nada, es decir, por relación a los falsarios de Moscú y de Pekín. En segundo término, también respecto de otras tendencias que les son exteriores, cual el centrismo político, ayer representado en España por el POUM, hoy, en todo el mundo, por las diversas organizaciones y grupos que se dicen trotskistas, si bien no pocas de ellas están ya a la derecha del centrismo.

Sin tomar esas coordenadas políticas como puntos de referencia, definirse revolucionario es, en el mejor de los casos, demasiado vago; en el peor sería caer en la impostura, digámoslo sin ambages.

Si por el contrario, la tendencia aludida de la ETA hubiese comprendido lo que representa el stalinismo de cualquier tonalidad, y también lo que es el blanducho centrismo, el acontecimiento tendría una importancia capital para el porvenir y habría que saludarlo con alborozo.

Volveremos a tratar el asunto en el próximo número de Alarma.